

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Pero cómo podríamos no estar de duelo, los que hemos aprendido de David Niven unas maneras aristocráticas aunque luego no hayamos tenido Montecarlos ni trasatlánticos de lujo donde ejercitarlas, la gardenia en la solapa de los esmóquines (mejor de chaqueta blanca) que nunca llegamos a lucir, el gesto del cigarrillo que imitábamos junto a nuestras novias. Se acabó. Se marchó de este mundo el actor inglés de los ojos distantes, que el cine en color reveló como muy azules, y el mutis fue un gesto del dedo pulgar que los exégetas se apresuran a traducir como un «Todo va bien». Es la interpretación más plausible puesto que David Niven sólo podía despedirse con un ademán elegante, y sería irreverente la mera sospecha de que hubiera querido decir «Ahí queda eso», o incluso «Que os zurzan». Buñuel, por quien también doblan las campanas -redoblan los tambores- en este verano de necrologías, se había preguntado muchas veces si a la hora de la muerte estará uno para bromas.

Yo creo que entre las grandes novedades que han sorprendido a mi generación -la penicilina, la generación de la aviación comercial, el Papa fotografiado en pantalón corto-, ninguna como el cine, en décadas que siguieron a nuestra guerra. Una guerra que, por suerte para nosotros, se terminó mejor o peor cuando nos empezaba a cambiar la voz y ese chico ya no puede ir así con esos pelos en las piernas. Fue el primer traje de hombre, exagerado de trabillas y fuelles. El viaje a Oviedo a pasar el examen de Estado. En el cine Santa Cruz ponían una película de la Jana y al día siguiente otra película de la Jana que era continuación. En La tumba india hice mi primera declaración amorosa, trémula y tímida, y a las 24 horas justas y casi en la misma butaca de patio la chica me dijo que no, pero lo acepté sin esfuerzo porque la segunda película era todavía más fascinante: El tigre de Esnapur. Los duelos con pan -con cine-, son menos.

De Madrid apenas sé, pero en las capitales de las provincias del interior por donde transcurrió mi juventud e incluso mi madurez, empezaron a levantarse modernos templos consagrados a los dioses de la evasión. La humanidad se vuelve con claro instinto hacia lo que necesita y aunque era tiempo en que faltaba el pan, y el calor, y las sábanas para el ajuar de las novias, había una urgente demanda de sueños. En el Mari, alzado en el mismísimo corazón de Ordoño II, se estrenaba los viernes una película que nos ayudaría a sobrevivir una semana, tanto mejor cuanto más se diferenciase de nuestra realidad. El Mari, y luego el Condado, y el Avenida. El

Trianón inaugurado en una matiné por aquel joven periodista Manuel de la Fuente, no sé si con versos o con prosas. El Emperador. Y dentro de las salas y durante el descanso en el vestíbulo o en el ambigú (¿se sigue diciendo ambigú?), el discreto encanto de la convivencia. Porque ver una película en la televisión de casa -ahora podemos saberlo- no puede compararse con la comunión de los fieles bajo unas mismas escayolas barrocas...

Casino Royal, Muerte en el Nilo o Huida a Atenas -por ceñirnos a la filmografía del eterno «gentleman» escocés-, eran títulos prometedores de lejanías. Yo nunca he dejado de valorar la importancia del exotismo en la literatura y en cualquier arte, porque es un sentimiento que clava sus raíces en la condición del hombre.

«Nos parece mentira un zapatero
en un pueblo de China.»

canta el manchego y poco viajero Eladio Cabañero en su poema Recordatorio.

Y qué será Ponferrada -piensen un momento- ¡Ponferrada! para un muchacho de Antofagasta que la esté imaginando a través de un relato...

Con razón me decía Mariano Castaño -felizmente, me lo sigue diciendo- que a sus operados en cuanto les quita los puntos y se pueden manejar un poco los manda al cine.